

ALVARO CHAVES. A SU MEMORIA

Somos los que se van. La numerosa nube que se deshace en el poniente es nuestra imagen. Incesantemente la rosa se convierte en otra rosa. Eres nube, eres, mar, eres olvido. Eres también aquello que has perdido.

Jorge Luis Borges

A través de los años hemos ido perdiendo poco a poco lo que más amábamos: la sombra del árbol aquel que descuajó el viento, la casa de los padres, la infancia. Y ahora, de pronto, su muerte detenida, inmensa y al voltear el rostro sólo encontramos la ausencia y un reguero de recuerdos, de preguntas sin respuesta, de tantas palabras que no nos alcanzamos a decir; de horas que, sin su compañía, tendrán que orientarse hacia otros lugares vacíos. Comencemos entonces a recoger la pena y a detener el llanto para que, como dice el mito que me contó muchas veces, las lágrimas no aumenten el caudal del arroyo que tendrá que atravesar hasta la otra orilla, ni hagan su andar más penoso, el que emprendió esa mañana de domingo cuando nos dejó con la mano en alto, sin saber siquiera si decirle adiós o correr tras él para

pedirle que no nos dejara, que era demasiado temprano, que esperara hasta que el día, ese que le fue concedido, comenzara a caer. Sin embargo, la voz se confundió con el aire, no pudo detenerlo y ahora, nos entregó sin reservas a quienes compartimos con él la amistad, el trabajo, la aventura y el contento, pues tan solo para sentir la pena de su muerte, nos dejó a la buena de Dios. Fue el amigo íntegro y generoso; el que adivinaba sin preguntar y comprendía sin reproches; otorgaba sin vanidad, como si fluyera el agua, su palabra afectuosa, ponderada y benévola; la enseñanza profunda, su alegría fresca y sosegada, su risa. Compartió el saber y el asombro y prodigó la más alta compasión y la solidaridad humana en el aula, al escribir un libro, al descubrir una vasija o una máscara, al regalar el caballito o la muñeca de trapo. Y un día, adoptó a Alonso, un niño waunana; en su tribu lo recibieron, lo hicieron parte de ello y de él aprendieron lo mejor. Ignoro si Alonso sabe ahora que su padre blanco se fue por el mar. Ignoro si nosotros hemos podido comprender cuánto

perdimos también, cuánto nos dejó su recuerdo. Se marchó en silencio y el tiempo fue tan corto. Ahora andará por los lugares que amó tanto y la estatua que rescató del río en Agua-bonita, los animales, los guerreros y los dioses de San Agustín, los caminos de la cordillera, las lagunas sagradas, los hipogeos de Tierradentro, las ruinas de las ciudades indígenas, las pirámides, la piedra, la cerámica y el oro le contarán sus secretos, develarán para él su misterio. Dialogará con los antiguos pobladores y los niños indígenas harán flautas de caña para ir, cuando termine la tarde, con una canción nueva a ese lugar donde ahora, como él lo quiso, están guardadas sus cenizas. Los santos con sus trajes de seda, los ángeles y los antiguos dioses americanos, detendrán un momento el cortejo para recibirlo y seguir su viaje con él ♦

Helena Iriarte